

El presente número de "El Cardo de Bronce", llevado de un estricto deber de compañerismo y paisanaje, quiere rescatar del posible olvido el nombre y la obra de un gran poeta al que, con incalificable gratitud y orgullo, sentimos entrañablemente nuestro, por tantos méritos y tanto motivos. También nosotros, desde distintos presupuestos tal vez, en fechas que son, naturalmente, completamente otras, estamos por la autenticidad y la voluntad redentora, no ocurra que, ahora, escribir sea ya dimitir de la honradez y el temblor otra vez, o encaminarse celestialmente o no, da lo mismo, hacia la desesperanza que la nada produce. Por acá, aunque sigamos tan solos como desde nuestra primera salida, somos y seremos aún tercicos con la poesía y para la poesía que lleva, en las palmas abiertas de sus manos, capacidad redentora. La obra de Eladio Cabañero significa el lenguaje cotidiano, el contacto vivo y acompañante con su entorno, el compromiso autobiográfico y el verso -¡siempre, siempre!- como medio de transformación del mundo.

Hermano Eladio, aquí nos tienes sentados a tu mesa, en la cocinilla tomellosera de quienes, en tu paisaje y tu gente, desean, pese a todo, seguir creyendo aún en las virtudes necesarias. Tu vida y tu obra, desde aquel lejano día de 1956 hasta ahora mismo, continúan siendo resplandecientemente imprescindibles. Que Dios y el pueblo te lo paguen mientras los gañanes, segadores, viñeros y carreros de tu infancia permanecen cruzando por estas calles anchas y largas de Tomelloso. Por tí y contigo deseamos que la vida vaya "a su mejoría..."

